

# RETOS ETNOGRÁFICOS: ANALIZANDO EL MOVIMIENTO SLOW FOOD EN BRASIL Y ALEMANIA

THALITA KALIX GARCIA

Doctoranda en Antropología y Comunicación

Departamento de Antropología, Filosofía y Trabajo Social

Universitat Rovira i Virgili

thalita.kalixgarcia@urv.cat · <http://orcid.org/0000-0003-3999-4922>

**RESUMEN:** En este artículo se discuten los retos y beneficios de hacer una etnografía comparativa entre países latinoamericanos y europeos.<sup>1</sup> Para ello, se toma como punto de partida el estudio del movimiento *slow food*, que comenzó en Italia a finales de la década de 1980 y se internacionalizó a partir de 1989. Hoy está presente en más de 160 países del mundo. Este artículo parte del estudio de este movimiento alimentario en Brasil y Alemania. La selección de los dos países se basó en la riqueza que estos contextos distintos podían aportar a la comparación. El objetivo es entender cómo difieren las estructuras, agenda y modos de acción de Latinoamérica y Europa. El reto de hacer un estudio comparativo de esta naturaleza empieza en el diseño de la investigación, desde la selección de unidades de análisis que puedan ser comparables a métodos de investigación *in situ*. El trabajo que aquí se presenta es el resultado de una etnografía multisituada, que muchas veces tuvo que convertirse en una etnografía vir-

---

<sup>1</sup> Este trabajo ha sido apoyado por la Secretaria d'Universitats i Recerca de la Generalitat de Catalunya y el Fondo Social Europeo bajo la subvención FI2019.

tual, con observaciones directas y entrevistas en profundidad para poder extraer los datos analizados. El reto de hacer una etnografía en contextos tan diversos ya formaba parte del proyecto, incluso antes de la pandemia. Aquí se discutirán los desafíos, las soluciones y las posibilidades que emergen de este tipo de comparación.

**PALABRAS CLAVE:** slow food, estudios comparativos, etnografía, Brasil, Alemania.

**ETHNOGRAPHICAL CHALLENGES: ANALYZING THE SLOW FOOD MOVEMENT IN BRAZIL AND GERMANY**

**ABSTRACT:** In this article we discuss the benefits and challenges involved in conducting a comparative ethnography between Latin American and European countries. Our starting point is the study of the Slow Food movement, which began in Italy in the late 1980s and has been an international movement since 1989. Today it is present in over 160 countries around the world. We focus our study on this food movement in Brazil and Germany, two countries whose different contexts ensure that richness is brought to this comparison. Our aim is to understand how the structures, agenda and modes of action differ in Latin America and Europe. The challenges involved in conducting a comparative study of this nature begin with the research design and how to select units of analysis that can be compared with research methods conducted in situ. The work presented in this paper is the result of a multisite ethnography (which often needed to become a virtual ethnography) that used direct observations and in-depth interviews to collect the data for analysis. The challenge of conducting ethnography in such diverse contexts was always a component of this project – even before the pandemic. Here we report those challenges and their solutions, as well as the opportunities that emerged from this comparison.

**KEYWORDS:** slow food; comparative studies; ethnography; Brazil; Germany.

## 1. Introducción

En un mundo globalizado, con los mercados transnacionales y el flujo de personas acelerado, los estudios que se enfocan en más de una localidad se multiplican. Este artículo pretende discutir los retos y beneficios de hacer una etnografía comparativa entre países latinoamericanos y europeos. Para ello, toma como punto de partida el estudio del movimiento *slow food*. El trabajo se enmarca en un proyecto más amplio, que investiga el papel del movimiento internacional en la salvaguarda del patrimonio alimentario en Brasil y Alemania.

Así, lo que analizaré aquí son las opciones metodológicas que se presentan para este tipo de investigación, qué dificultades o limitaciones se encuentran y qué soluciones y ventajas se pueden tener a partir de estas opciones. En primer lugar, es importante justificar que la selección de los dos países se basó en la riqueza que estos contextos diferentes podían aportar a la comparación. Para ello, se tuvieron en cuenta algunas cuestiones. En primer lugar, el contexto diverso de estos dos países: Brasil es un país latinoamericano con políticas públicas que favorecen la agricultura a gran escala, los monocultivos y los OGM, que se enfrenta a problemas de acaparamiento de tierras y, debido a ello, a un alto nivel de violencia; en este sentido, contrasta con Alemania, uno de los países líderes de Europa, referencia en movimientos y políticas medioambientales, aunque también sede de grandes corporaciones del agronegocio, que debaten la nueva Política Agrícola Común europea. El segundo factor considerado fue la diferente relación con la comida y el patrimonio alimentario en estos dos países. La gastronomía tradicional brasileña comienza a valorarse nacionalmente, lo que recuerda a lo ocurrido en Perú. La famosa gastronomía mundial del país vecino inspira a muchos brasileños, a pesar de que no existe una política pública al respecto. Por otro lado, si la cocina tradicional alemana es conocida en el extranjero simplemente como «salchicha, patata y cerveza», la comisión nacional de la UNESCO ha inscrito, desde 2015, dieciséis prácticas vinculadas al sistema alimentario en el inventario del Patrimonio Cultural Inmaterial Nacional Alemán<sup>2</sup>

2 UNESCO. Comisión alemana. Inventario nacional alemán del patrimonio cultural inmaterial. [Disponible en: <<http://www.unesco.de/en/kultur/immaterielles-kulturerbe/german-inventory.html>>. Consultado a 12 de abril de 2022]

y dos en el Registro Alemán de Mejores Prácticas de Salvaguardia.<sup>3</sup> Por último, se tuvo en cuenta el funcionamiento del slow food en estos países: en Brasil, el movimiento es todavía joven —ha crecido mucho en los últimos diez años, lo que señala al país como un posible futuro líder en el sur global—; en Alemania, la organización es fuerte y está establecida desde hace treinta años, con una estructura solo superada en magnitud y antigüedad por la italiana.

El objetivo es comprender cómo difieren las estructuras, las agendas y los modos de actuación en América Latina y Europa. Al mismo tiempo, estas grandes diferencias contextuales hacen que un estudio comparativo de esta naturaleza conlleve algunos retos. Estas comienzan con el diseño de la investigación, desde la selección de unidades de análisis que pueden compararse con los métodos de investigación *in situ* o las dificultades de traducción, entre otras, que se detallarán mejor en los próximos párrafos.

Para poder realizar este trabajo, se analiza el estudio de caso mencionado anteriormente y se lleva a cabo una revisión de la bibliografía sobre las posibilidades etnográficas. Para ello, se divide en tres partes. En la primera presento una breve explicación del movimiento slow food y de su estructura, para que se pueda entender el objeto de estudio. En la segunda, expongo los retos metodológicos que presenta esta etnografía para, después, reflexionar sobre las ventajas y limitaciones del estudio comparado. En la conclusión, discuto las soluciones y los beneficios que este tipo de investigación puede aportar a los estudios comparativos.

## 2. El movimiento *slow food*

El slow food es un movimiento internacional, presente en más de 160 países. Comenzó en el norte de Italia, en 1986, como una forma de reafirmar la cultura alimentaria local, en oposición a la homogeneización promovida por la comida rápida. Su punto de referencia es una manifestación contra la apertura de un McDonald's en la plaza de España, en Roma, celebrada aquel año. Se convirtió en un movimiento internacional en 1989,

---

<sup>3</sup> UNESCO. Comisión alemana. Registro alemán de mejores prácticas de salvaguardia. [Disponible en: <<https://www.unesco.de/en/culture-and-nature/intangible-cultural-heritage/national-register-good-safeguarding-practices-2>>. Consultado a 12 de abril de 2022]

con la firma, en París, del «Manifiesto *slow food*», que abogaba por el derecho al placer (Slow Food, n. d.). El *slow food* podría considerarse uno de los principales movimientos agroalimentarios alternativos, surgidos en la década de los noventa (principalmente en Europa), que reclaman una relocalización del sistema alimentario (Allen, 2010; Goodman *et alii*, 2012). A medida que se extendió a otras partes del mundo, se adaptó y cambió; sin embargo, es crucial reconocer que muchas veces todavía tiene una perspectiva europea de los problemas, como gran parte de los movimientos para los sistemas alimentarios alternativos (Guthman, 2011).

No es fácil definir el concepto *slow food*: es una asociación con socios que pagan cuotas, pero también un movimiento social; a veces actúa como fundación, otras como ONG, otras aun como empresa privada (Siniscalchi, 2013). Aquí entiendo *slow food* como un movimiento social con diferentes aspectos y contradicciones. Aunque la comida siempre ha sido el tema central, el discurso y la agenda del *slow food* cambiaron a lo largo de los años. Esto se pudo observar con la inclusión del aspecto medioambiental en la década de los noventa y el enfoque en el cambio climático de los últimos años. Actualmente, su filosofía es garantizar una alimentación buena, limpia y justa (Slow Food, n. d.). Con ello puede abarcar una gran diversidad de temas; y así lo ha venido haciendo, ha adaptado sus objetivos a los cambios de la sociedad. Como movimiento internacional/transnacional, su enfoque y sus acciones varían en función del contexto local y de los perfiles de sus miembros.

Desde el punto de vista de la estructura, el *slow food* tiene muchas caras y las presentaré aquí para facilitar la comprensión del diseño de investigación. En primer lugar, está Slow Food Internacional, la asociación central, cuya sede está en Bra, Italia, donde nació el movimiento. Tiene como presidente, hasta hoy, a Carlo Petrini, uno de sus fundadores, y está gobernada por un Comité Ejecutivo y coordinada por un Consejo Internacional.<sup>4</sup> Además, está la Fundación Slow Food para la Biodiversidad,

---

<sup>4</sup> Esta estructura se cambiará en julio de 2022, con el Congreso Internacional, cuando Slow Food pase de ser una asociación a una fundación participativa. Este cambio se debe a la legislación en Italia, pero también afecta a la estructura internacional del movimiento. Carlo Petrini dará un paso atrás y permanecerá como presidente honorario, y una junta directiva, formada por ocho personas (de Europa, África, América y Asia), se encargará de la dirección.

que se creó en 2003 para coordinar proyectos como el Arca del Gusto y el Baluarte (Preserve Biodiversity—What We Do, n. d.). En cada uno de esos proyectos, las comunidades del alimento se organizan y el conjunto de ellas forma la Red Terra Madre.

A nivel local, la estructura del slow food varía. No todos los países en los que está presente cuentan con una asociación nacional. Sin embargo, este sí es el caso de los dos países observados aquí, Brasil y Alemania. Tienen puntos en común, pero son bastante diferentes, principalmente, debido a su contexto.

La asociación Slow Food Alemania (SFD) fue la primera fundada fuera de Italia, en 1992. Cuenta con unos 12 700 socios, en más de ochenta grupos (Slow Food Deutschland, n. d.). Los grupos locales pueden ser conviviums (o comunidades del alimento), estos tienen una organización diferente, están formados principalmente por campesinos o productores de alimentos que forman parte de un producto de la Arca del Gusto o Baluarte. Cada convivium actúa a nivel local: suelen reunirse mensualmente para planificar sus proyectos y compartir una comida. También hay reuniones nacionales, normalmente dos veces al año, entre los líderes de los conviviums. Los miembros de cada grupo varían: algunos son cocineros, otros solo están interesados en el tema de la comida. Sin embargo, predomina la clase media/alta, urbana y con alto nivel de estudios. Una de las principales dificultades en Slow Food Alemania es la especie de brecha entre los jóvenes y los socios de más edad: mientras que los primeros se interesan sobre todo por la política alimentaria y las manifestaciones, los segundos tienen, en su mayoría, un perfil más *gourmet*. La Red Joven de Slow Food Alemania (SFY) es también el único *convivium* que se extiende por todo el país, ya que los demás actúan solo a nivel local.

La asociación nacional tiene una oficina central en Berlín, con unos doce empleados que trabajan en temas y proyectos específicos (Kontakt, n. d.). Sin embargo, la mayor parte del trabajo del movimiento es voluntario. Slow Food Alemania tiene una junta directiva con cinco miembros (uno del grupo de jóvenes) y cuenta también con once comités, con diferentes temas y focos de trabajo (Die Organisation, n. d.). La SFD se financia a través de la cuota de los socios y de las contribuciones de los simpa-

tizantes, es decir, de las empresas que se identifican con la filosofía del *slow food* y hacen donaciones al movimiento. Sin embargo, los proyectos y las acciones se costean principalmente mediante alianzas con otras instituciones y fundaciones. Esta es otra de las razones que hacen de la SFD una de las ramas más consolidadas de Slow Food Internacional; de hecho, la asociación es una de las pocas que envía dinero a la oficina central en lugar de necesitar ayuda para su financiación.

En Brasil, aunque había *conviviums* de *slow food* desde 2005, solo en 2013 se fundó la Asociación Slow Food Brasil (SFB). Debido a un sistema de migración propuesto por Slow Food Internacional que ponía fin a los *conviviums* (Alemania no lo aceptó), desde 2021 ya no tiene socios individuales, sino comunidades, que deben tener al menos diez miembros. Actualmente hay más de doscientos grupos locales en este formato (Membros e Comunidades, n. d.). Sin embargo, la gran mayoría de ellos están, como se mencionó antes, vinculados a proyectos como Arca del Gusto o Baluarte, que abundan en el país. Las comunidades urbanas, aunque son menos frecuentes, suelen ser las más activas. Aquí también predomina un perfil de miembros de clase media/alta y con alto nivel de estudios. A diferencia de los *conviviums* de Alemania, las comunidades de Brasil se esfuerzan por tener reuniones regulares; aunque no suelen conseguirlo. Además, las dimensiones del país dificultan la promoción de encuentros nacionales. Este es uno de los factores que favorece que la comunicación entre los miembros sea mayoritariamente *online*, algunos por listas de correo electrónico, pero, principalmente, vía WhatsApp. La Red Joven de Slow Food (SFYN Brasil), que también es una comunidad de ámbito nacional, por ejemplo, solo se reúne virtualmente, a través de Skype. En este punto hay una gran diferencia entre Brasil y Alemania. Incluso antes del cambio a las comunidades, los jóvenes solían estar en al menos dos grupos: el *convivium* local y la SFYN Brasil. La SFB también tiene diez grupos de trabajo temáticos, que reúnen a activistas de diferentes conocimientos y orígenes (Grupos de Trabalho, n. d.).

Slow Food Brasil no cuenta con una oficina central. Hay, sin embargo, cuatro personas contratadas a tiempo parcial para ocuparse de la red y de las alianzas institucionales. También están los facilitadores regio-

nales, que se encargan de hacer de puente entre los actores locales y la asociación (son cinco, uno por cada región del país). La mayor parte del trabajo, una vez más, se realiza de forma voluntaria. A diferencia de la SFD, la asociación brasileña no tiene ingresos regulares. La cuota de la asociación pagada por los miembros nunca ha sido equivalente al número de personas involucradas con Slow Food, es decir, no todos están oficialmente asociados. La figura del empresario colaborador es bastante incipiente también en el país: no existe la cultura de este tipo de donaciones y, por otra parte, una de las principales dificultades sería asegurar que la empresa colaboradora comparta la filosofía del movimiento. Los proyectos desarrollados por SFB se apoyan en la alianza con los Gobiernos locales y en la financiación internacional, incluyendo la de Slow Food International.

### 3. Retos metodológicos

Como se puede observar, el contexto del slow food en Brasil y Alemania tiene similitudes, pero también muchas diferencias. Desde el principio, quedó claro que la etnografía era el método adecuado para abarcar la complejidad del objeto y la visión transdisciplinar requerida. Para poder analizar el papel que juega el slow food como movimiento de la sociedad civil en la salvaguarda del patrimonio alimentario nacional, es necesaria una contextualización histórica, geográfica y sociológica. Una visión más amplia del universo de investigación analizado es condición *sine qua non* para no caer en una hiperespecialización o fraccionamiento de la realidad estudiada, lo que podría generar conclusiones incompletas y, en consecuencia, erróneas.

Así, en este trabajo se parte de la idea de que una buena etnografía antropológica es más que una práctica de investigación; es la teoría vivida, es una forma de ver y escuchar, interpretar y analizar los hechos cotidianos (Peirano, 2008). Un contrapunto más profundo a un mundo en el que rigen los juicios apresurados. En este sentido, la antropología (y la etnografía, como su ejercicio) se convierte en un conocimiento marcado por la atención constante al contexto y la comparación (Peirano, 2008). «El empirismo —sucesos, acontecimientos, palabras, textos, olores, sabores,



todo lo que afecta a nuestros sentidos— es el material que analizamos y que, para nosotros, no son solo datos recogidos, sino cuestionamientos, una fuente de renovación»<sup>5</sup> (Peirano, 2014: 380). Sin embargo, para poder realizar estos análisis, la investigadora debe mantener un alto nivel de autoconciencia.

[...] el autoconocimiento antropológico no es simplemente una función de las características personales, tales como cuánto se comparte con la gente que se estudia (cercanía y distancia) o el grado de sensibilidad a la propia constitución académica (autoconciencia). Ese autoconocimiento debe situarse también en las técnicas sociales de producción etnográfica/antropológica. (Strathern, 1987: 19)

Así que el primer reto que encontré en la investigación fue el hecho de hacer la etnografía *at home*, es decir, en un movimiento del que era activista desde 2013; además, parte del trabajo de campo tuvo lugar en mi propio país. Aunque el grupo en el que actué durante ese tiempo no está en el ámbito de esta investigación, mi participación en el movimiento también me abrió las puertas a los grupos que estoy analizando aquí. Cuando un antropólogo realiza una etnografía en un terreno conocido, se suelen dar dos supuestos controvertidos. Por un lado, al estar en un terreno conocido, logrará una mayor comprensión que si estuviese en otro lugar. Por otro, al estar acostumbrado al sentido común de esa cultura, no será capaz de sistematizar la complejidad de la sociedad, no revelará nada nuevo (Strathern, 1987). Con todo:

El hecho de que los antropólogos estén en casa *qua* antropólogos, no se decide por el hecho de que se llamen a sí mismos malayos, pertenezcan a los Travellers o hayan nacido en Essex; se decide por la relación entre sus técnicas de organización del conocimiento y la forma en que la gente organiza el conocimiento sobre sí misma. (Strathern, 1987: 31)

La preocupación con la objetividad positivista —y su imposibilidad— ya ha sido bastante debatida en la antropología. En una perspectiva feminista, expone Haraway, que ser objetiva es reconocer que el conocimiento es algo *situado* (1988). Ella propone que una visión objetiva solo puede

<sup>5</sup> Todas las citas directas de este texto son traducciones de la autora.

proponerla una perspectiva parcial, ya que la idea de objetividad viene de narrativas culturales occidentales y sus ideologías de mente y cuerpo, distancia y responsabilidad. «La objetividad feminista tiene que ver con la localización limitada y el conocimiento situado, no con la trascendencia y la separación del sujeto y el objeto. Nos permite hacernos responsables de lo que aprendemos a ver» (Haraway, 1988: 583).

Al posicionarse, la antropóloga rompe con la idea de distancia necesaria del objeto, si comprende que las relaciones con los informantes son subjetivas y dependen de una serie de factores.

Las historias y experiencias que se nos cuentan y, por lo tanto, la información que obtenemos, están moldeadas por enredos que incluyen la raza, el género, la risa, los tamales, la edad, los árboles y la pausa para ir al baño de un asistente de investigación masculino. (Hausermann y Adomako, 2022: 212)

La perspectiva feminista propone, de esta manera, que ser un sujeto implicado en el campo, con emociones, empatía y compasión, es una manera de superar el dilema del distanciamiento y «aprehender la realidad y la vida de nuestros/as interlocutores/as de manera más comprometida y comprensiva» (Rostagnol, 2019).

Así, se reafirma la etnografía como un ejercicio crítico. Pina-Cabral (1992) argumenta que la metáfora de la etnografía como traducción se agota cuando ya no hay un *nosotros* para lo cual se tiene que hacer una cultura comprensible; esto implicaría que *nosotros* compartamos una cultura común. En este sentido, un abordaje decolonial de las metodologías también puede contribuir para la discusión.

Las antropologías pueden contribuir de manera dialógica a la construcción de un conocimiento más heterogéneo y transcultural. El reconocimiento de las diferentes antropologías permite ser más conscientes de las condiciones sociales, epistemológicas y políticas de la producción antropológica, entendiendo que las *otras* configuraciones antropológicas se sitúan dentro de una configuración de poder mundial definida por la globalización imperial y la globalidad colonial (el mundo que Aníbal Quijano, Walter D. Mignolo y los intelectuales que comparten el enfo-

que decolonial llaman moderno-colonial) que las produce como periféricas. (Gimeno Martín y Castaño Madroñal, 2016: 267)

Aquí entramos en otra cuestión: el activismo que permea la investigación. Al mirar a los estudios sobre el activismo alimentario y los movimientos sociales, no es raro que el etnógrafo esté involucrado con la causa o se vea obligado a posicionarse (Siniscalchi y Counihan, 2014). En su trabajo de análisis de *slow food*, Siniscalchi encontró diferentes formas de acercamiento:

La mayoría de las investigaciones sobre *slow food* observan el movimiento desde su periferia, a menudo de forma crítica, pero sin comprender la complejidad de la dinámica interna; o desde dentro y a menudo de forma apologética. Otros investigadores analizan su filosofía, su imagen pública y su retórica; esta perspectiva tiene sentido para un movimiento que dedica mucha energía a la comunicación. En mi análisis de *slow food*, intento dar cuenta de la complejidad del movimiento, de sus contradicciones y de sus tensiones, pero también de las cuestiones políticas, evitando los dos extremos: la apología acrítica o la crítica excesiva basada en tópicos y en un conocimiento limitado. (Siniscalchi, 2013: 296)

Uno de los objetivos de esta investigación es hacer un análisis capaz de abarcar la complejidad y las contradicciones del movimiento de forma crítica, pero no apologética. Gimeno Martín y Castaño Madroñal (2016) proponen la idea de una «antropología de orientación pública», o sea, una antropología implicada en la realidad al mismo tiempo que tiene preocupaciones teóricas y metodológicas.

El segundo reto metodológico de este trabajo ha sido el de hacer un análisis de un movimiento social en dos países; un movimiento que se organiza como una red al mismo tiempo que tiene sus jerarquías y que presenta formatos y localizaciones bastante fragmentados. Así que fue necesario llevar a cabo una etnografía multisituada (Marcus, 1995). Basándonos en la discusión presentada por Alloatti (2019), el *sitio*, en este caso, es el grupo y no el lugar, ya que, como se percibe por la estructura del movimiento SF, se trata de grupos que se encuentran en diversas localidades, grupos que están muchas veces localizados.

Esto ha implicado algunos problemas en el proyecto, sobre todo el reto de poner a prueba los límites de la etnografía o de perder el poder del trabajo de campo, es decir, el esfuerzo de renegociar mi papel y mi presencia como etnógrafa a través de diferentes campos y comunidades, y ser capaz de traducir no solo estos diversos lenguajes, sino también las culturas, como lo discutiré en el próximo apartado. Siguiendo la definición de Castañeda Salgado (2010), se entiende aquí la etnografía como una metodología multimetódica, o sea, que utiliza diferentes métodos de investigación, para combinar estas informaciones parciales de lo observable, con distintos acercamientos, posibilitando una comprensión compleja del objeto de investigación.

Las etnografías detalladas, cuando se sitúan en una perspectiva multisituada, permiten seleccionar las pruebas en función de las características únicas de cada lugar de trabajo de campo para reconstruir los procesos y hacer aflorar las sinergias analíticas.

[...]

El simple hecho de aumentar el número de estudios de lugares y de yuxtaponerlos no ayuda a revelar estas sinergias. Por el contrario, la etnografía multisituada, con el tipo de comparación estructurada que induce, nos anima a explorarlas a través de la perspectiva que ofrece y los diferentes niveles que nos permite considerar. (de Suremain, 2019: 23)

Así que ya no es necesario estar continuamente en un local, una vez que se estudian diferentes unidades de observación integradas en una unidad de análisis (Comas d'Argemir *et alii*, 2010). En este trabajo se ha elegido el movimiento social del slow food en Brasil y Alemania como las dos unidades de análisis (siempre bajo la perspectiva de la salvaguarda del patrimonio alimentario local). Las unidades de observación se definieron tras una investigación de campo preliminar en los dos países. La elección de cada una se basó en su representatividad del universo estudiado. Cabe aclarar que se trata de una distinción esencial entre el concepto de *universo* y el de *muestra*, utilizados frecuentemente por la sociología (Pujadas, 2010). Las unidades de observación, en oposición a las muestras, las elige el etnógrafo en función de su significación cualitativa para la comprensión de la unidad de análisis. Ni la elección de las unidades

de observación ni la cobertura territorial del trabajo de campo son exhaustivas; ni pretenden serlo. «El objetivo es la creación de un conjunto de observatorios que sean suficientes para comprender en profundidad el tema que estamos estudiando» (Pujadas, 2010: 281). Lo que se ha priorizado, por lo tanto, ha sido el hallazgo de unidades de observación que tuvieran diferentes perfiles de actuación y de miembros; y que al mismo tiempo fueran significativas nacionalmente y comparables entre los dos países en alguna escala.

Las diversas realidades y la forma de trabajar de la organización en los dos países también requieren enfoques etnográficos diferentes. «No se trata de trabajar de la misma manera en todos los lugares de trabajo de campo, sino de provocar deliberadamente la contradicción, cambiar de perspectiva y ganar en generalidad partiendo de unidades de análisis comunes; en este caso, el patrimonio alimentario». (de Suremain, 2019: 23). En el *slow food* brasileño tenía más aportaciones, debido a mi participación previa en el grupo durante cuatro años. Al mismo tiempo, mi acción se limitaba principalmente a la ciudad de Brasilia, y ya se había cerrado hacía tres años. Se planificaron tres unidades de observación. Una de ellas era la red de Florianópolis-SC, señalada como una de las más activas y más características de movimiento de base. Además, era la coordinación principal del primer gran proyecto desarrollado por Slow Food Brasil en colaboración con el Gobierno federal, llamado Alimentos Bons, Limpos e Justos.<sup>6</sup> Salvador-BA, por su parte, fue elegida por su creciente importancia nacional (tiene diferentes alianzas institucionales), pero al mismo tiempo cuenta con una red reciente y poco activa. Por último, también se seleccionó como unidad de observación la Red de Jóvenes de Slow Food Brasil, que solo se reúne en línea, pero que desarrolla numerosos proyectos. Además, se realizaron algunas entrevistas en São Paulo, con miembro de la coordinación de la asociación nacional. En este proceso de selección se tuvo en cuenta la representatividad de estas unidades para la organización nacional, el mismo criterio se utilizó para elegir las unidades de observación en Alemania.

---

<sup>6</sup> 'Alimentos buenos, limpios y justos'.

El proceso de inserción en el slow food alemán me llevó más tiempo, ya que no tenía ninguna relación anterior con ese movimiento y estaba aprendiendo la lengua. En las primeras incursiones y entrevistas, quedó claro que existen diferentes enfoques del activismo en Alemania. Depende mucho del grupo. La primera unidad de observación fue el convivium de Fráncfort del Meno. Este grupo es representativo porque, aunque es uno de los más activos del país, tiene acciones y reuniones más centradas en una forma *gourmet* de tratar la comida y menos políticas. También tiene un perfil de miembros mayores, entre 60 y 90 años. La segunda unidad de observación fue la red de Berlín. Es la más grande del país y la más variada en cuanto al perfil de los miembros. También es la que tiene más eventos y acciones. Además, está vinculada a la sede nacional de Slow Food. La tercera unidad de observación seleccionada fue la Red Joven de Slow Food de Alemania, que se organiza como un convivium en el ámbito nacional, pero el grupo está difundido en el país. Su dinámica es diferente, se reúnen dos veces al año, en un fin de semana de debates y cocina conjunta, y realizan sus acciones en el ámbito local. Como se ha establecido anteriormente, estas tres unidades de observación fueron elegidas por su representatividad en el universo estudiado y por la poca similitud entre ellas.

Otro factor para tener en cuenta es la duración del trabajo de campo, que no necesariamente tiene que ser la misma para las diferentes unidades de observación. Así que el periodo de incursión en Brasil fue mucho más corto que en Alemania, por el grado de conocimiento que tenía de ambos espacios y las contingencias del viaje. El trabajo de campo en Brasil, pues, tuvo lugar de mayo a septiembre de 2019, seis semanas en cada ciudad. Como SFYN Brasil solo se reúne en línea, el trabajo de campo sobre esta unidad de observación se realizó de 2018 a 2020. Ya en Alemania, hubo dos periodos de trabajo de campo: el segundo semestre de 2019 y el año 2020.<sup>7</sup>

Esta variedad de contextos estudiados también exige una variedad en las herramientas utilizadas (Castañeda Salgado, 2010; de Suremain,

---

<sup>7</sup> El plan inicial era terminar el trabajo de campo alemán en la primera mitad de 2020, pero, debido a la pandemia del coronavirus, se amplió hasta finales de año.

2019). De esta manera, el trabajo de campo en Florianópolis y Salvador (que duró menos) demandó una mayor cantidad de entrevistas en profundidad a fin de comprender el funcionamiento local del movimiento. Por otro lado, en Alemania (donde estuve mucho más tiempo), la observación participante ganó más importancia y hubo pocas entrevistas. La mayor duración de la investigación en Alemania también tiene que ver con el desafío de integrarme en el grupo, ya que era extranjera y estaba aprendiendo el idioma. En cuanto a Brasil, la dificultad era dejar claro que estaba allí como investigadora y no como activista.

A través de la observación participante y de las entrevistas pude recolectar datos esenciales para alcanzar los objetivos específicos antes mencionados: alianzas locales en cada unidad de observación, perfil de los activistas, proyectos desarrollados,<sup>8</sup> y, sobre todo, el discurso de los activistas sobre *slow food*, el patrimonio y la soberanía alimentarios. Las entrevistas fueron semiestructuradas y duraron unos sesenta minutos cada una. Se grabaron y se transcribieron en su mayor parte (una parte de ellas se codificó sin transcripción, solo con el archivo de audio, y luego se transcribieron solo algunas partes). En total llevé a cabo cincuenta entrevistas: cuarenta en Brasil y diez en Alemania.

Cuando irrumpió la pandemia de COVID-19, en marzo de 2020, me encontraba al principio de mi año de investigación de campo en Alemania. Es importante aclarar que la mayor parte de la observación de los participantes y de las entrevistas fue en línea, en reuniones celebradas en Zoom, principalmente. Sin embargo, algunos de los encuentros tuvieron lugar en persona, lo que ayudó a contrarrestar las pérdidas que como investigadores tenemos al interactuar con la gente solo a través de la pantalla. Lo esencial aquí es que el recorte (*offline* u *online*) seguía siendo el mismo, es decir, los grupos que seguía. Como la migración a un entorno en línea multiplica las fuentes de información, esta elección es importante para la etnografía (Hine, 2017). Los grupos en línea que se estudiaron existen en un contexto *offline*; se podría decir que, debido a la pandemia, la etnografía solo se trasladó a un entorno en línea, pero

---

<sup>8</sup> Es importante destacar que no profundicé en la comprensión de ningún proyecto específico si no fue necesario.

esto significa diferentes tipos de interacciones. Al final, las interrelaciones son siempre mixtas, por lo que también lo son los datos generados. Además, se analizó el discurso producido a través de los medios sociales de diferentes grupos de slow food durante la pandemia. Para ello, se seleccionaron publicaciones representativas de las discusiones que tenían lugar en los grupos.

De la misma manera, como ya se ha mencionado, la red brasileña cuenta con un sistema de comunicación bastante útil: grupos de WhatsApp y de correo electrónico. Aunque no se trata de documentos convencionales y no fueron el objetivo principal del análisis, son una herramienta útil en un contexto etnográfico.

Los antropólogos de hoy, al igual que nuestros predecesores, siempre han tenido/tienen que concebir nuevas formas de investigar, lo que a algunos les gusta llamar «nuevos métodos etnográficos». Los métodos (etnográficos) pueden ser y serán siempre nuevos, pero su naturaleza, derivada de quién y qué quiere examinar, es antigua. Todos somos inventores, innovadores. La antropología es el resultado de una recombinación intelectual permanente. (Peirano, 2014: 381)

Así que, además de todos los datos aquí descritos, la etnografía también se construye con análisis de fuentes secundarias —tanto revisiones bibliográficas como fuentes documentales—, y aquí si incluyen publicaciones de los diferentes grupos de slow food, informes, fuentes estadísticas, políticas, entre otros. La selección, una vez más, de lo que puede contribuir al trabajo varía de acuerdo con la realidad de la unidad de observación (o de análisis).

Una vez expuesta la estructura del movimiento en los dos países y los retos a los que hubo que enfrentarse para hacer viable la investigación y permitir un estudio comparativo, paso ahora a la reflexión acerca de las ventajas y limitaciones que este tipo de trabajo presenta.



#### 4. Las ventajas y limitaciones del estudio comparado: reflexiones

La propuesta de comparar el movimiento *slow food* en Brasil y Alemania nace de la idea de que este tipo de estudio puede traer una riqueza de escenarios que torna el análisis más complejo e interesante. Como se puede percibir de la descripción del movimiento en los dos países (en la primera parte de este artículo), las diferencias estructurales tienen mucho que ver no solamente con la edad, por así decir, del movimiento en cada realidad, sino con el contexto de cada país (económico, cultural y social). Los diferentes perfiles y agendas forman movimientos distintos, aunque parten de una filosofía en común. Esto permite ampliar la idea de acción de un movimiento internacional y sus posibilidades.

Asimismo, hay que tener en cuenta que, al hacer una etnografía en tantos espacios diferentes, la persona investigadora tiene que transitar, presentar y traducirse muchas más veces. Y los niveles de inclusión serán distintos. Así que, en el trabajo aquí discutido, me enfrenté a otras cuestiones que creo que deben abordarse; lo haré por países. La primera de ellas fue cómo presentarme dentro de la Red Slow Food en Brasil como investigadora y cómo no cruzar la línea de tener acceso a cierta información como miembro. Necesitaba dejar claro, cuando estaba en el campo, que lo que se discutía en las conversaciones podía utilizarse en este trabajo. O sea, cómo, a pesar de las relaciones afectivas construidas, no olvidar mi papel de investigadora y respetar la confianza que me han otorgado (Hausermann y Adomako, 2022; Rostagnol, 2019). Lo que me ayudó en este sentido fue el hecho de que mis unidades de observación no estuvieran en ciudades en las que hubiera trabajado antes. Por lo tanto, tuve que presentarme y e hice hincapié en mi papel de investigadora.

La segunda restricción a la que me enfrenté fueron las limitaciones que el hecho de ser yo misma, o sea, mi posicionalidad (Haraway, 1988; Hausermann y Adomako, 2022), podía aportar a la investigación. Es decir, cómo me percibían los actores con los que interactuaba y de qué manera esto les hacía estar más o menos abiertos a nuestros intercambios. Aunque soy brasileña (algo que ciertamente me ayudó a desenvolverme en muchas de las situaciones durante el trabajo de campo), hay una serie

de factores que también influyen. Soy una mujer cis, de unos 30 años y, en Brasil, percibida como blanca. Además, tengo una formación de cocinera: así fue como me inicié en el slow food. En un contexto urbano, entre académicos y cocineros, podría transitar fácilmente. Aquí, no obstante, es interesante notar que, por el hecho de hacer mi doctorado en Europa y de vivir entre dos países europeos (España y Alemania), muchas veces me trataron como a una extranjera del norte global. Esto, de alguna manera, me dificultó el acceso a la gente, como si siempre estuviera mirando por encima del hombro los proyectos o las luchas locales por venir de un país «desarrollado».

Con los agricultores la comunicación también tuvo sus dificultades. En primer lugar, existe un choque cultural entre lo urbano y lo rural, así como diferencias regionales. Otro aspecto que dificulta a veces es el hecho de que el slow food sea un nombre en inglés, algo que está fuera del conocimiento de la mayoría de la población del país. Aunque el movimiento se centra en la producción de alimentos, muchas veces su vocabulario es mucho más urbano o incluso académico, lo que lo hace menos accesible. Por otro lado, presentarme como activista y como cocinera me permitió ser más crítica de lo que quizá se aceptaría de un investigador «de fuera». El hecho de ser una mujer investigadora también conllevó algunas limitaciones (situación recurrente entre investigadoras). Como iba sola al campo, limité algunos viajes de visita a los productores en el campo por razones de seguridad.

En Alemania, los retos eran otros. El primero fue la barrera del idioma. Mi primer contacto con los miembros de Slow Food Alemania fue en 2017, en la ciudad china de Chengdu; y fue en inglés. Yo todavía estaba aprendiendo alemán. Muchos de los miembros del movimiento hablan inglés y se sienten cómodos con él. Sin embargo, no es la mayoría. Mis dificultades con el idioma influyeron en que algunas personas me acogieran o no en sus grupos; y es comprensible que no todo el mundo tenga paciencia para tratar con alguien con limitaciones de conversación. Así pues, el hecho de ser una investigadora extranjera fue siempre un tema relevante durante mi trabajo de campo en Alemania. A medida que me iba familiarizando con esos grupos, siempre me presentaba como acti-

vista e investigadora del *slow food* y explicaba mi tesis. El hecho de que yo fuera de Brasil y estuviera investigando en Alemania sorprendió a algunas personas, como si no fuera el orden natural de las cosas. Al mismo tiempo, la relación colonialista entre Europa y América Latina también era un problema para mí. Muchas veces reproduje aquello de «aquí todo funciona mejor».

Otro aspecto que afectó fue la edad. En este punto hay una diferencia entre el *slow food* en Brasil y en Alemania. En Brasil, el movimiento presenta una mezcla de personas de todas las edades que trabajan juntas. En cambio, en Alemania, la separación es mucho más fuerte, como ya se ha mencionado. Sin embargo, el hecho de tener alrededor de 35 años hace que sea un poco más difícil integrarse en algunos grupos que están formados en su mayoría por personas de 50 años en adelante. De hecho, este es un tema que discutí con muchos miembros del SFD: cómo la gente de mi edad no tenía un espacio allí, pues era demasiado mayor para la Red Joven, pero demasiado joven para la mayoría de los convivium. En este sentido, fue mucho más fácil mezclarse en el grupo de la SFY; probablemente, también tenga que ver con su dinámica de trabajo y su agenda, que hicieron que la experiencia fuera más complaciente.

Estas dificultades me hicieron adoptar algunas estrategias para poder mantener mi investigación: además de asistir a todas las reuniones posibles en mis unidades de observación, me suscribí a la SF Akademie, un programa educativo concebido para formar a los agentes de cambio del sistema alimentario; está destinado a veinticinco jóvenes activistas (de 18 a 35 años) por año. Se trata de una formación de ocho meses: un fin de semana temático al mes en una parte diferente del país y, en cada sesión, se profundiza en un aspecto del sistema alimentario. Son fines de semana intensivos, con teoría aportada por expertos y con aprendizaje práctico con productores locales. Esta fue, pues, una forma de integrarme mejor con los jóvenes (y algunos miembros sénior) que participan en fines de semana específicos, pero también de observar las agendas y proyectos en los que se centra el SFD. Lo que no había previsto era que la mayor parte de mi año de Akademie se celebraría en línea, debido a la pandemia.

Aparte de estas limitaciones del campo, la traducción cultural, que tiene que ver, una vez más, con mis puntos de partida o mi posicionalidad (Haraway, 1988; Hausermann y Adomako, 2022; Pina-Cabral, 1992), fue una limitación aún más fuerte. Por ejemplo, esta investigación fue pensada a partir del contexto brasileño. Al mirar con las mismas lentes el contexto alemán, algunas cosas pueden perder sentido. El propio concepto de *patrimonio alimentario* es muy difícil de traducir al alemán; y esto tiene una explicación: la idea se aproxima demasiado a un nacionalismo que, por razones históricas, se evita ahí. Por otro lado, la noción de *soberanía alimentaria* está presente en el contexto del movimiento en los dos países, pero con significados muy distintos. Por ello, nada puede presuponerse, hay que preguntarse por todo.

## Conclusiones

Hacer una etnografía comparativa entre movimientos sociales en un país de América Latina y otro de Europa (y, además, durante la pandemia) implica múltiples retos. Como investigadora, esto significa que tienes que echar mano de más herramientas para dar cuenta de la complejidad de cada realidad y poder compararlas (Castañeda Salgado, 2010; de Suremain, 2019). Por otro lado, los datos generados por tal diversidad contextual son mucho más ricos y permiten un análisis más significativo que, quizás, puede compartirse a escala transnacional. De esta manera, los retos que se presentan —desde el diseño de la investigación hasta las situaciones en campo— pueden superarse con herramientas y metodologías propias de la antropología. Las ventajas de estos estudios comparativos aportan soluciones que los movimientos sociales encuentran en su adaptación a diversos contextos, como defiende Conway:

El reconocimiento y la valorización de las luchas sociales a diversas escalas y que surgen de distintos lugares promulga una política de diversidad y reconocimiento en expansión que reconoce la multiplicidad de visiones alternativas, valores y perspectivas, así como la presencia de «otros mundos» existentes. Una praxis espacial de este tipo instala relaciones entre movimientos sociales a diferentes escalas que son más horizontales y menos jerárquicas y se caracterizan por una mayor recípro-

ciudad, diálogo, respeto mutuo y reconocimiento. Invoca un imaginario socioespacial alternativo tanto de lo global como del movimiento como arraigado en lugares/localidades dispersas, diversas y cada vez más densamente conectadas en red en una enorme variedad de formas, en lugar de ser únicas y unitarias. El reconocimiento de los múltiples lugares y escalas geográficas de las luchas, la irreductibilidad de su existencia y su significado, y el desplazamiento de una jerarquía de escalas de la práctica del movimiento son fundamentales para crear una política poscolonial (Conway, 2008: 223).

Es crucial tener siempre en cuenta que se trata de casos y espacialidades localizadas, que el objetivo no es generalizar, sino comprender exactamente las especificidades de cada situación y analizar cómo estas pueden comunicarse, convivir o, inclusive, complementarse.

## Bibliografía

- ALLEN, P. (2010). «Realizing justice in local food systems». *Cambridge Journal of Regions, Economy and Society*, 3(2), 295–308. <<https://doi.org/10.1093/cjres/rsq015>>
- ALLOATTI, M. N. (2019). «A multi-sited ethnography on cultural scenes and international migration: Reflecting on sites, links and para-ethnographers». *E-Migrinter*, 18. <<https://doi.org/10.4000/e-migrinter.1652>>
- CASTAÑEDA SALGADO, M. P. (2010). «Etnografía feminista». En N. BLAZQUEZ GRAF, F. FLORES PALACIOS, y M. RÍOS EVERARDO, *Investigación feminista. Epistemología, metodología y representaciones sociales* (pp. 217–238). Universidad Nacional Autónoma de México. <[http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/ceiich-unam/20170428032751/pdf\\_1307.pdf](http://biblioteca.clacso.edu.ar/Mexico/ceiich-unam/20170428032751/pdf_1307.pdf)>
- COMAS D'ARGEMIR, D., ROCA I GIRONA, J., y PUJADAS, J. J. (2010). *Etnografia*. Universitat Oberta de Catalunya. <<http://www.digitaliapublishing.com/a/20146/>>
- CONWAY, J. (2008). «Geographies of Transnational Feminisms: The Politics of Place and Scale in the World March of Women». *Social Politics: International Studies in Gender, State & Society*, 15(2), 207–231. <<https://doi.org/10.1093/sp/jxn010>>

- DE SUREMAIN, C.-É. (2019). «From Multi-Sited Ethnography to Food Heritage: What Theoretical and Methodological Challenges for Anthropology?» *Revista Del CESLA: International Latin American Studies Review*, 24, 7–32. <<https://doi.org/10.36551/2081-1160.2019.24.7-32>>
- Die Organisation. (n. d.). [Seite]. «Slow Food Deutschland». Recuperado de <[https://www.slowfood.de/wirueberuns/slow\\_food\\_deutschland/die\\_organisation](https://www.slowfood.de/wirueberuns/slow_food_deutschland/die_organisation)>
- GIMENO MARTÍN, J. C., y CASTAÑO MADROÑAL, A. (2016). «Antropologia comprometida, Antropologias de Orientação Pública e descolonialidade. Desafios etnográficos e descolonização das metodologias». *OP SIS*, 16(2), 262. <<https://doi.org/10.5216/o.v16i2.3708>>
- GOODMAN, D., DUPUIS, E. M., GOODMAN, M. K., y PROQUEST. (2012). *Alternative food networks: Knowledge, practice, and politics*. Routledge.
- GRUPOS DE TRABALHO. (n. d.). *Slow Food Brasil*. Recuperado de <<https://slowfoodbrasil.org/nossa-rede/grupos-de-trabalho/>>
- GUTHMAN, J. (2011). «If they only knew. The unbearable whiteness of alternative food». En AH ALKON y J. AGYEMAN (Eds.), *Cultivating Food Justice: Race, Class and Sustainability* (pp. 263–281). The MIT Press.
- HARAWAY, D. (1988). «Situated Knowledges: The Science Question in Feminism and the Privilege of Partial Perspective». *Feminist Studies*, 14(3), 575. <<https://doi.org/10.2307/3178066>>
- HAUSERMANN, H., y ADOMAKO, J. (2022). «Positionality, ‘the field,’ and implications for knowledge production and research ethics in land change science». *Journal of Land Use Science*, 17(1), 211–225. <<https://doi.org/10.1080/1747423X.2021.2015000>>
- HINE, C. (2017). «From virtual ethnography to the embedded, embodied, everyday internet». En *The Routledge companion to digital ethnography* (pp. 47–54). Routledge.
- KONTAKT. (n. d.). [EasyForm]. «Slow Food Deutschland». Recuperado de <<https://www.slowfood.de/service/kontakt>>
- MARCUS, G. E. (1995). «Ethnography in/of the World System: The Emergence of Multi-Sited Ethnography». *Annual Review of Anthropology*, 24, 95–117. <<https://www.jstor.org/stable/2155931>>

- MEMBROS E COMUNIDADES. (n. d.). *Slow Food Brasil*. Recuperado de <<https://slowfoodbrasil.org/nossa-rede/membros-e-comunidades/>>
- PEIRANO, M. (2008). «Etnografía, ou a teoria vivida». *Ponto Urbe*, 2. <<https://doi.org/10.4000/pontourbe.1890>>
- PEIRANO, M. (2014). «Etnografía não é método». *Horizontes Antropológicos*, 20, 377–391. <<https://doi.org/10.1590/s0104-71832014000200015>>
- PINA-CABRAL, J. de. (1992). «Against translation: The role of the researcher in the production of ethnographic knowledge». En *Europe observed* (pp. 1–23). Springer.
- PRESERVE BIODIVERSITY—WHAT WE DO. (n.d.). *Slow Food International*. Recuperado de <<https://www.slowfood.com/what-we-do/preserve-biodiversity/>>
- PUJADAS, J. J. (2010). «La etnografía como proceso de investigación. La experiencia del trabajo de campo». En D. COMAS D'ARGEMIR, J. ROCA I GIRONA, y J. J. PUJADAS, *Etnografía*. Universitat Oberta de Catalunya. <<http://www.digitaliapublishing.com/a/20146/>>
- ROSTAGNOL, S. (2019). «La relación etnográfica en el campo y en el escritorio». *Disparidades. Revista de Antropología*, 74(1), 002. <<https://doi.org/10.3989/dra.2019.01.002.06>>
- SINISCALCHI, V. (2013). «Environment, regulation and the moral economy of food in the Slow Food movement». *Journal of Political Ecology*, 20(1). <<https://doi.org/10.2458/v20i1.21768>>
- SINISCALCHI, V., y COUNIHAN, C. (2014). «Ethnography of food activism». *Food Activism: Agency, Democracy and Economy*, 3–14.
- SLOW FOOD. (n.d.). *About us—Slow Food International*. Slowfood.Com. Recuperado de <<https://www.slowfood.com/about-us/>>
- Slow Food Deutschland*. (n.d.). [Seite]. «Slow Food Deutschland». Recuperado de <[https://www.slowfood.de/wirueberuns/slow\\_food\\_deutschland](https://www.slowfood.de/wirueberuns/slow_food_deutschland)>
- STRATHERN, M. (1987). «The limits of auto-anthropology». *Anthropology at Home*, 16–37.